



1

Un grito agudo despertó a Elvi. Desgarrador y lleno de terror, la sacó de sus sueños e hizo que se moviera antes de que estuviese totalmente despierta. Se levantó bruscamente, solo para soltar una maldición y dejarse caer de nuevo tras golpearse la cabeza contra la tapa de madera del ataúd.

Quejándose del dolor que le vibraba en el cráneo, Elvi cerró los ojos para no ver las estrellas que pasaban delante de ellos. Se llevó una mano a la frente. Se había dado un golpe muy fuerte, y habría querido agarrarse la cabeza con las dos manos y revolcarse de dolor, pero las dimensiones del féretro no se lo permitieron.

Un segundo chillido de terror le recordó por qué se había despertado. Alargó la mano con la que no se estaba agarrando la cabeza y dio un empujón a la tapa, que se abrió de golpe. Acto seguido, se soltó la cabeza para levantarse. Salir del ataúd requería el uso de las dos manos. Era un ejercicio terriblemente agotador a aquella temprana hora de la mañana. Especialmente antes de tomar su primera bolsa de sangre.

Elvi soltó una maldición según salía del incómodo cajón mortuario. Los pies descalzos pisaron el suelo de

madera dura cuando salió corriendo de la habitación. No se molestó siquiera en coger una bata para cubrir el camión de algodón blanco que llevaba. Otro grito hendió el aire mientras la vampira corría por el pasillo. Y se oyó un cuarto chillido justo en el momento en que irrumpía en el dormitorio de Mabel. Elvi abrió la puerta violentamente, sin importarle que esta pudiera estrellarse contra la pared dejando un desconchón de regular tamaño.

Vio a Mabel enseguida, de pie sobre la cama, envuelta en su bata y con la espalda contra la pared. Tenía el pelo blanco completamente desordenado alrededor de la cabeza. Los ojos, abiertos como platos, reflejaban un profundo terror. Agitaba en el aire con furia enloquecida un cepillo, con el que trataba de defenderse de un murciélago que revoloteaba totalmente desorientado, muy cerca del techo. La pobre mujer soltaba un alarido cada vez que el alado animal se le acercaba. Elvi vio al murciélago virar bruscamente para no chocar contra la pared que se encontraba en el otro extremo de la habitación. El murciélago, de repente, se dirigió hacia Mabel, soltando un chillido. El bicho logró esquivar el cepillo de la aterrorizada dama, cruzó a toda velocidad la puerta abierta del cuarto de baño y desapareció de vista por un momento. Elvi, haciendo gala de grandes reflejos, se precipitó a cerrar la puerta, dejándolo atrapado allí dentro.

— ¡Ay! — Mabel necesitó unos segundos para serenarse. Luego se desplomó en la cama abrazando el cepillo contra su pecho—. ¡Ay, gracias a Dios!

Elvi suspiró y luego se llevó las manos a las caderas. Miró a su compañera de casa con el ceño fruncido.

— ¡Anoche abriste las ventanas!

Mabel suspiró y sonrió tímidamente ante el tono acusador de su amiga.

— No quedaba otro remedio. Tenía que abrir las ventanas. Hacía calor, Elvi.

LYNSAY SANDS

— Sé que hacía calor, Mabel. Yo también vivo aquí.

— Pero las ventanas de tu dormitorio tienen rejas. Yo no tengo ese privilegio...

— ¿Privilegios? Yo duermo en un ataúd. — Ahora hablaba con mordacidad—. Los ataúdes no tienen ventanas. Créeme, sé muy bien que anoche hacía calor. Pero no puedes abrir las ventanas hasta que no hayan traído las rejas nuevas.

— ¿Pero cuándo demonios van a instalar las rejas nuevas en mi cuarto? — preguntó Mabel con impaciencia—. Ya han pasado dos semanas.

— Sabes muy bien que hubo que encargarlas especialmente para estas ventanas. No se fabrica una cosa especial de la noche a la mañana — le recordó Elvi.

— Lo sé, lo sé — dijo Mabel entre dientes—. Cada una de estas condenadas ventanas tiene un tamaño distinto.

Elvi, más serena, esbozó una sonrisa, al recordar el susto que acababa de llevarse su amiga.

— Bienvenida al mundo de las casas victorianas. Pero, rejas aparte, ¿no te parece estupendo?

— ¡Maravilloso, sí! — Mabel no parecía muy convencida. De pronto se incorporó inquieta cuando vio a Elvi dirigirse a la puerta que conducía al pasillo—. ¡Eh! ¿Adónde vas?

— A mi ataúd.

— ¿Y qué pasa con el murciélago? — Volvía a estar consternada. Se bajó de la cama tan rápidamente como se lo permitió su cuerpo de sesenta y dos años, y corrió detrás de ella.

— ¿Qué pasa con el dichosos murciélago? — preguntó Elvi con tono zumbón, avanzando por el pasillo.

— ¿No vas a sacarlo de mi baño?

— ¿Yo? ¿Te crees que soy una heroína? — Elvi la miró un momento con incredulidad—. No pienso acercarme a ese bicho. Llama a la Oficina de Control Animal.

—¿La Oficina de Control Animal? ¿A estas horas?

—Seguro que hay alguien de guardia por si se presenta un caso de emergencia. Llama y averígualo. ¡Ya eres mayorcita!

—Incluso si hay servicio de guardia, tardarán horas en aparecer por aquí —protestó Mabel—. ¿No podrías sacarlo tú? Al fin y al cabo, un murciélago es..., en fin, tú debes tener cierta... afinidad con él.

Elvi se detuvo frente a la puerta de su propia habitación y se volvió hacia la mujer mayor, asombrada.

—¿De verdad lo crees? ¿Te parezco una rata voladora?

—No, desde luego que no. —Mabel resopló, apurada—. Pero eres una vampira y esa criatura es un murciélago... Debe haber algo de empatía o de comprensión..., algo. Si lo intentas, a lo mejor puedes comunicarte con él.

—Vale, entonces, según ese razonamiento, tú podrás comunicarte, incluso hablar, con los monos. Intentémoslo la próxima vez que estemos cerca de un zoo. —Elvi soltó un gruñido—. Deja de decir tonterías y llama a la Oficina de Control Animal.

—¡Elvi! —Mabel, impotente, pateó el suelo con rabia al ver que Elvi se volvía para entrar en su dormitorio—. No puedo ducharme con ese bicho allí dentro.

—Mabel, querida, hay seis cuartos de baño en esta casa. En todos hay duchas y bañeras. Puedes usar cualquiera de ellos.

—Pero...

Elvi cerró a su amiga la puerta en las narices para no seguir oyendo sus protestas y se dirigió al ataúd, pero se detuvo al ver la hora que era ya en el reloj digital que estaba sobre su tocador. Suspiró, resignada, se dio la vuelta, abrió la puerta de un tirón y, con el ceño fruncido, dirigió la mirada hacia la espalda en retirada de Mabel.

—¡Son las nueve!

—¿Y qué?

Mabel, que ahora parecía ofendida, siguió andando.

—¿Por qué no me has despertado a las ocho, como te pedí?

—Porque últimamente no estás durmiendo bien y pareces agotada. Así que decidí dejar que durmieras hasta más tarde... Ha sido un gesto bastante bondadoso, a mi parecer. Pero es normal, porque yo soy una persona buena y considerada..., no como otras, que ni siquiera se dignan hablar con un murciélago para ayudar a una querida y fiel amiga.

Elvi no supo si echarse a reír o enfadarse definitivamente ante aquel intento de hacerla sentirse culpable.

—Mabel, me estás agobiando más de la cuenta. Tengo mucho lío por delante. Hoy es el cumpleaños de Owen. Tengo que hacer la tarta, ocuparme de la decoración de la fiesta y...

Mabel la miró con cierto aire de suficiencia.

—Ya me he ocupado yo de la decoración. Vine a casa para ducharme antes de ir a la fiesta. Pensaba despertarte después de la ducha. En cuanto a la tarta... —Se encogió de hombros—. Esperaremos a que la hagas, la fiesta no puede empezar sin ti.

Al ver que Elvi la estaba fulminando con la mirada, Mabel movió la cabeza y le hizo señas de que se apresurara.

—Venga, ve a ducharte. Yo iré a vestirme y luego te ayudaré con la tarta ya que no puedo darme una ducha porque tú...

—Llama a la Oficina de Control Animal. —Cerró de un portazo. Elvi se negaba rotundamente a sentirse culpable.

* * *

—No puedo creerlo. ¡Una inmortal ha puesto un anuncio clasificado en el *Toronto Star*! Increíble.

Víctor lanzó a DJ una mirada llena de malestar, quizás también de reproche. Si en ese momento el joven inmortal no estuviera, como estaba, al volante del BMW en el que ambos se encontraban, le hubiera dado un buen coscorrón. Para su frustración, lo único que podía hacer era responderle entre dientes:

—Lo entendí perfectamente la primera vez que me lo dijiste, DJ..., y eso fue hace ya dos horas. Desde entonces me lo has repetido más de cien veces. Ya he entendido. Lo he comprendido muy bien. Deja de decirlo.

—Lo siento, pero... —DJ Benoit negó con la cabeza, sacudiendo el pelo rubio rojizo que le llegaba hasta los hombros— no puedo creerlo.

Víctor puso los ojos en blanco y se volvió. A través de la ventanilla polarizada del automóvil vio la noche, que parecía pasar a toda velocidad. Aquella era la última etapa de un viaje de dos horas y media. Pasaban volando junto a las luces brillantes de los coches, un vehículo tras otro, dejándolos atrás, sin importarles que pudieran ponerles una multa por exceso de velocidad. Víctor no protestaba por ello ni criticaba su manera de conducir. Era obvio que el tiempo aún era un valor importante para su joven acompañante, impaciente y ansioso por poner fin al viaje. Con los años, DJ llegaría a comprender que no había necesidad de correr; el tiempo no era un adversario al que su especie tuviera que vencer.

—¡Pero cómo se le ocurre poner *un anuncio clasificado!* —DJ volvió a atraer su atención—. Como si un vampiro macho fuese una bicicleta que se pudiera comprar o algo por el estilo. ¿Qué espera conseguir esta mujer con eso?

—Me imagino que una pareja para toda la vida —apostilló Víctor con sarcasmo.

—No se puede encontrar una pareja para toda la vida de esa manera. —DJ saltaba de inmediato. Parecía más molesto de lo normal—. ¿O sí? —agregó con aire vacilante.

Víctor se encogió de hombros.

—Cosas aún más raras se han visto.

—Sí, pero... Ella tenía que saber que podía despertar la ira del Consejo. Poner un *anuncio*, ¡por el amor de Dios! ¡Qué metedura de pata más grande! Nosotros no debemos llamar la atención. Nadie debe enterarse de la existencia de nuestra especie.

Víctor gruñó.

—Nos queda la esperanza de que los mortales que lo vean piensen que es una broma o que el anuncio fue puesto por una pobre desgraciada de mente retorcida.

—Por una loca —dijo DJ entre dientes, asintiendo firmemente con la cabeza—. Seguramente eso es lo que ella es. Tiene que estar loca. ¡No hay otra explicación! Ningu- no de los de nuestra especie en su sano juicio puede hacer una tontería semejante.

Víctor se abstuvo de señalarle que eso era lo que él parecía creer hasta hacía apenas un momento y que se había pasado las dos últimas horas lamentándose de que uno de los de su especie hubiera puesto un anuncio en el periódico. Decidió dejarle cambiar de parecer a su antojo. Él, por su parte, no se había formado opinión alguna. Primero quería conocer a la mujer en cuestión.

—¿Qué piensas tú?

—¿De qué? —preguntó Víctor.

—¿Crees que es una loca o simplemente una idiota de remate? —Al parecer, pese a sus afirmaciones anteriores, DJ aún no sabía muy bien a qué carta quedarse.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Cómo puedo yo saberlo? —Ahora hablaba con irritación—. No sé nada sobre ella. Fuiste tú quien respondió al anuncio y quien le ha estado escribiendo cartas durante las últimas tres semanas.

—Cartas no, correos electrónicos —le corrigió DJ—. Ya es hora de que entres en el siglo XXI, Argeneau. Si tuvieras un ordenador y supieras cómo usarlo, habrías podido

escribir esos correos electrónicos, en lugar de pedirme a mí que lo hiciera.

—Precisamente por eso no tengo intención de comprarme uno —afirmó Víctor con mordacidad—. Y ya que has sido tú quien ha mantenido correspondencia con ella, dime lo que piensas. ¿Estamos haciendo el idiota? ¿Nos encontraremos simplemente a un adolescente de esos que llaman góticos, a un niño jugando a ser vampiro?

DJ frunció el ceño mientras reflexionaba sobre aquel asunto.

—No estoy seguro. Nos hemos escrito diez o doce correos, pero en realidad la mujer no me ha dicho nada acerca de ella. Sus respuestas siempre han sido desesperantemente evasivas. —Miró la carretera con el ceño frunciendo—. De hecho, la mayoría de sus correos estaban llenos de preguntas. Parecía obsesionada por confirmar que realmente fueses quien decías ser.

—Que *tú* fueses quien decías ser —le corrigió Víctor, pensando que se trataba de un error verbal—. Yo ni siquiera he leído los correos.

—No, pero yo los estaba respondiendo en tu nombre. Usé tu cuenta de correo y le respondí como si fueses tú quien estuviese escribiendo.

—¿Qué dices? —Víctor se volvió bruscamente hacia el joven—. Pero si yo ni siquiera tengo una cuenta de correo electrónico.

—Pues ya tienes una —le informó DJ—: *argeneau-caliente@hotmail.com*.

Antes de que Víctor arremetiera contra él, DJ se apresuró a hablar de nuevo.

—Bueno, me pediste que respondiera al anuncio y que intentara atraer su interés para que pudiéramos obtener más información sobre ella. —Se encogió de hombros—. Supuse que sería más fácil lograr su interés si tú respondías al anuncio. Tú eres más interesante que yo.

—¿Por qué crees eso? —Ahora Víctor parecía asombrado.

—Eres un hombre rico —contestó DJ de inmediato—. Y el hermano del inmortal más poderoso de todo el continente, y encima eres miembro de una de las familias más antiguas. A las chavalas les suele gustar este tipo de cosas. El dinero, el poder... Y no tiene nada de malo reconocer también que eres guapo.

—Ella no tiene ni la menor idea de cuál es mi aspecto físico —señaló Víctor con aire desconfiado

—Le mandé una foto tuya por correo electrónico —le informó DJ. Cuando Víctor se volvió hacia él, le atajó enseguida defensivo—. Bueno, es normal, no te alteres, ella me pidió una. Le mandé la única que tenía. Aquella en la que estás junto a Lucian en la boda de Lissianna. —Echó un rápido vistazo a la negra melena de Víctor, a sus vaqueros negros y a su camiseta—. Desde luego, tenías el pelo mucho más corto por aquel entonces y llevabas traje. Has cambiado mucho.

Víctor le lanzó una mirada asesina. Tomó aire, procuró calmarse y se recostó en el asiento del pasajero.

—¿Y tú qué recibiste a cambio de esa foto y de la información sobre mi linaje?

DJ puso mala cara.

—No tanto como esperaba. Una breve reseña de su vida y una foto.

Retiró una mano del volante, la extendió hacia el asiento trasero y, a tientas, cogió la carpeta que había puesto allí cuando entraron en el coche. Se la pasó a Víctor.

—Está con uno de los *e-mails*.

Víctor abrió la carpeta. Lo primero que vio fue una fotocopia del anuncio del periódico.

Quiero encontrar vampiro para vampira atractiva y económicamente independiente. Busco compañía y una po-

sible relación amorosa. Debe estar dispuesto a trasladarse de domicilio. Si no eres un vampiro de verdad, abstente de responder.

Negó con la cabeza y siguió hojeando los papeles mientras DJ le contaba todo lo que sabía sobre ella.

—Es viuda, y copropietaria, con una amiga, de un restaurante mexicano y de un hostel. No me acuerdo del nombre de la amiga. Los dos negocios están en Port Henry. Ha residido allí toda su vida.

Víctor soltó un gruñido tras oír este resumen. Al fin encontró la foto. Mostraba a una mujer hermosa, de pelo largo azabache, grandes ojos negros y unos labios muy rojos y carnosos. Su nombre, Elvi, estaba escrito en el dorso.

Después de echar un breve pero intenso vistazo, Víctor volvió a meter la foto en la carpeta. Era una mujer hermosa, desde luego, pero la belleza ya rara vez le conmovía. Había tropezado con mujeres hermosas infinidad de veces a lo largo de su vida, tantas que esa cualidad ya no le impactaba. Sabía por experiencia que la belleza era la mejor manera de ocultar una fealdad de carácter insoportable. El demonio nunca se aparecería cubierto de verrugas y taras para tentar a sus víctimas.

—Bueno, ya la has visto —dijo DJ cuando Víctor volvió a poner la carpeta en el asiento trasero—. ¿Qué piensas?

—Pienso que ni esa foto ni la poca información que lograste obtener me dicen gran cosa sobre ella. —Víctor vio que llegaban a la desviación que buscaban y le hizo una seña—. Por allí... En fin, muy pronto descubriremos toda la verdad.

DJ procuró contener la irritación que le provocaba su acompañante.

—Quizás tu escepticismo tenga fundamento. Seguramente esto no es más que una gran pérdida de tiempo. A ella

no pareció impactarle el apellido Argeneau. Si fuese una de las nuestras, tenía que haberle llamado la atención.

Víctor se encogió de hombros.

—No somos la única familia antigua y poderosa de la raza, ni mucho menos. A lo mejor ella también pertenece a una familia así, y no le impresionan este tipo de cosas. O quizás acaba de llegar de Europa. El apellido Argeneau ya no es tan respetado allí como lo era antes de que nos marcháramos. Hay muchas otras familias antiguas y poderosas en ese continente. Sea cual sea su caso, tenemos que ir a ver quién es esa mujer.

—De acuerdo. —DJ pareció desanimado por un instante, pero después se animó—. Mirando el lado bueno de la situación, si ella resulta ser una perturbada mental, podemos meternos en el coche y regresar enseguida a Toronto. Llegaríamos fácilmente antes de medianoche.

Víctor sonrió ligeramente, pero no hizo ningún comentario. Observaba la carretera rural a la que habían salido. Poco a poco iban entrando en una zona urbana: primero vio aparecer granjas y establos en medio de la noche; luego casas. Estas no tardaron en ceder el paso a distintos establecimientos: una gasolinera, la imprescindible panadería, tiendas de artículos de todo tipo y algunos bancos.

—¿Nos está esperando en su restaurante? —preguntó Víctor, mirando los letreros de las tiendas frente a las que pasaban.

—Sí. Se llama Bella Black's —dijo DJ—. Se supone que está en la calle principal. Me dijo que queda a la izquierda, a mitad de camino entre el segundo semáforo y el tercero.

—Este es el segundo semáforo —señaló Víctor mientras se detenían frente a la luz roja. Los dos recorrieron la calle con la mirada, leyendo los letreros.

—Bella Black's. —DJ anunció el descubrimiento en voz alta. Víctor dirigió de inmediato la mirada hacia el edificio en cuestión.

Sin duda, Port Henry era uno de los pueblos más antiguos de Ontario. La mayoría de las fachadas de las tiendas eran de estilo victoriano. Bella Black's también, pero el letrero era moderno, bastante grande y de colores muy vivos. El escaparate estaba decorado con el dibujo de una iguana verde, en medio de un matorral lleno de flores. Desde luego, era un dibujo elegante.

Víctor se quedó mirando el extraño diseño del reptil, y luego volvió a dirigir la mirada hacia la calle. En ese momento un coche daba marcha atrás para aparcar en el último lugar disponible. Una pareja se bajó y se dirigió al restaurante.

DJ hizo avanzar el coche lentamente, pasando frente a Bella Black's en el preciso instante en que la pareja llegaba a la entrada y abría la puerta. Así, pudieron ver por un momento el recinto lleno de luces y colores, y el notable movimiento de gente en su interior. Un instante después, la puerta se cerró detrás de la pareja, dejando otra vez la calle sumida en el silencio.

—Está muy concurrido —comentó DJ—. Parece que todos los coches aparcados en esta calle son de clientes del restaurante.

—Así es —musitó Víctor—. Dobla aquí.

Encontraron un hueco para aparcar en la calle lateral. Víctor se bajó enseguida. Aprovechó la oportunidad para estirar los brazos y las piernas. Sintió un gran alivio al salir del coche. Dado que era un tanto claustrofóbico, siempre se sentía atrapado dentro de los vehículos cerrados. En realidad prefería las motocicletas, pero aquel era un viaje de trabajo, no de placer, y no tuvo más remedio que ir en el coche.

—Bueno —empezó a decir DJ al reunirse con Víctor en la acera—, supongo que no importa que ya no parezcas el mismo hombre de la foto. Ella seguramente te reconocerá por el simple hecho de no conocerte.

Víctor frunció el ceño, confundido.

—¿De qué diablos estás hablando?

DJ se encogió de hombros.

—Bueno, quiero decir que habrá unas... quinientas personas en este pueblo, ¿no? Ella probablemente conozca a todos los que viven aquí. Y sabrá enseguida que somos forasteros, creo que...

—Claro, claro. —Víctor le cortó bruscamente, andando un poco más rápido al acercarse a la puerta. Solo quería poner punto final a aquel asunto y averiguar de una vez por todas si la mujer era inmortal o no. Si no lo era, podían marcharse tranquilos y volver a casa. Pero si lo era...

Víctor apretó los labios.

Si Elvi Black era inmortal, se vería obligado a averiguar todo lo que pudiera sobre ella y a llevarla al Consejo para que la sometieran a juicio. Como DJ había dicho, llamar la atención de manera tan burda era una metedura de pata bastante grave. Tendría que averiguar si había sido indiscreta en otras ocasiones. En los clubes nocturnos de Toronto corría el rumor de que una vampira vivía en uno de los pueblitos del sur, y eso era indicio de que aquel anuncio no había sido su único error.

DJ abrió la puerta del restaurante y Víctor se detuvo ante la ola de calor, ruido y aromas exquisitos que se precipitó de inmediato sobre ellos. El fugaz vistazo que echaron al restaurante hacía un momento no había revelado toda la verdad acerca de aquel lugar. No es que estuviera muy concurrido, es que estaba de bote en bote. Había clientes en todas las sillas y en todos los taburetes. Muchísimas personas permanecían de pie, alrededor de la barra situada en la parte delantera... Todos guardaron silencio y se volvieron para mirarlos detenidamente en el momento en que entraron. Lo hizo incluso el grupo de mariachis que había estado paseándose entre las abarrotadas mesas.

—¿Has estado en México?

Víctor negó con la cabeza como respuesta a la pregunta que DJ le había hecho en voz baja.

—Yo tampoco —confesó DJ—. Pero creo que podría gustarme.

Víctor no parecía muy dispuesto a hablar en ese momento de aquellas tonterías. Ignorando a las personas que lo miraban fijamente de una manera tan grosera, revisó la decoración de colores vivos del restaurante. Las paredes eran de un color crema salpicado de muchos otros tonos. Un gran sombrero mexicano, azul y dorado, colgaba de una de ellas. La gigantesca estatua de una iguana verde brillante y sus crías se encontraba sobre un estante. También se veía una hilera de ollas de barro llenas de girasoles y con varios grabados, la mayoría de Diego Rivera. Y encima de todo esto, serpentinatas de colores muy vistosos, globos y una enorme pancarta que rezaba: «Feliz cumpleaños».

Aun sin la decoración que habían puesto especialmente para celebrar el cumpleaños, había allí demasiado color y alboroto para el gusto de Víctor. Él prefería la serenidad y frialdad que transmitían el azul y el blanco. Aquello era... chillón, y casi cegador para sus sentidos.

—¿Qué deseáis, chicos?

Víctor dirigió la mirada hacia el hombre que se había acercado a ellos. Con su poco más de metro sesenta de estatura, el hombre era unos veinte centímetros más bajo que Víctor, y unos siete u ocho que DJ. Se comportaba con la autoridad que su placa y su uniforme le conferían. Sin lugar a dudas, era uno de los policías del pueblo. Quizás el único, supuso Víctor. Después de todo, aquel era un lugar muy pequeño.

—¿No me contestáis? —Tras preguntar por segunda vez, su voz y la expresión de su rostro se habían endurecido en respuesta a la silenciosa actitud de Víctor.

—Nada. No deseamos nada —respondió al fin, y se dispuso a para pasar de largo junto al policía. Pero se vio

obligado a detenerse súbitamente al caer en la cuenta de que el diminuto agente le había cogido del brazo con fuerza.

—Esta es una fiesta privada. —Hablabla en tono grave, y entonces Víctor entendió por qué habían llamado tanto la atención al entrar en aquel lugar.

—He sido invitado. —La respuesta de Víctor pareció resonar en el salón, lo que le recordó lo muy silencioso que se había quedado el restaurante después de que las conversaciones y la música cesaran por su entrada en el local. Sintiendo muy incómodo, se movió nerviosamente mientras el policía lo miraba con atención.

—¿Víctor Argeneau? —preguntó al fin el agente con voz vacilante.

Víctor asintió con la cabeza, preguntándose cómo era posible que aquel tipo supiera su nombre. Por un instante, pasó por su mente el horrible recuerdo de una camiseta que había sido la preferida de su sobrino Etienne, obseso de la informática, durante un tiempo. Era totalmente blanca y llevaba la siguiente inscripción: «Soy el adolescente ninfomaniaco con el que has estado hablando en el chat», o algo por el estilo. Por un instante temió que aquel hombre fuese Elvi Black. Pero las palabras del policía le tranquilizaron de inmediato.

—No te pareces mucho a la foto que Mabel me enseñó. Tenías el pelo más corto y llevabas traje y corbata.

Víctor no tenía ni la menor idea de quién era Mabel y tampoco le importaba saberlo, pero lo que sí le importaba era que la foto en cuestión era la que DJ le había dicho que había mandado por *e-mail* a Elvi Black.

—Y has traído a un amigo. —El agente dirigió su mirada inquisidora hacia DJ.

Si Víctor parecía desaliñado en comparación con aquella foto, DJ parecía simple y llanamente desaliñado de nacimiento. Desde hacía cosa de un año había desarrollado una especie de alergia al afeitado, por lo que a aquellas al-

turas era una especie de espeluznante joven Adams. Él también llevaba vaqueros y una camiseta, pero sus vaqueros eran azules y en la camiseta llevaba estampado el nombre Alexander Keith y un logo de una popular marca de cervezas. A DJ no le interesaba mucho la moda.

—Me ha traído en su coche —dijo Víctor a manera de explicación, pero enseguida se sintió molesto consigo mismo por haberla dado.

—¿No tienes coche? —preguntó el agente con recelo.

Víctor apretó los labios. Tener coche en Canadá era señal de respetabilidad, y no tenerlo, de lo contrario.

—Tengo varios. No me gusta conducir —respondió Víctor bruscamente, y luego preguntó—: ¿Dónde está Elvi?

—No ha llegado aún. Me ha pedido que te haga compañía mientras viene.

Víctor hizo un gesto de sorpresa. El policía movió la cabeza y le tendió la mano.

—Pero ¿dónde están mis modales? Teddy Brunswick, jefe de la policía de Port Henry, para servirte.

Víctor le dio la mano, centrando toda su atención en la sonrisa de oreja a oreja que había aparecido en el rostro del jefe de policía Teddy Brunswick. Ahora parecía el bondadoso *sheriff* de una vieja serie de televisión en blanco y negro que él solía ver. Se preguntó si no habría también un ayudante tontorrón y torpe dando vueltas por allí. Víctor era un verdadero adicto a la televisión, y no tenía ninguna dificultad en imaginar a un sujeto idiota y sonriente, del estilo de Don Knotts, aquel famoso actor secundario, siguiendo a aquel hombre más inteligente y sosegado adondequiera que fuese. Pero, naturalmente, se abstuvo de preguntarlo.

—Encantado, jefe Brunswick. —Víctor lo saludó con un movimiento de cabeza. Puesto que el otro hombre ya sabía su nombre, él simplemente se volvió para señalar a su joven compañero de viaje—. Este es DJ.

LYNSAY SANDS

—DJ ¿qué? —preguntó el agente sin rodeos.

La pregunta hizo sonreír al inmortal más joven.

—DJ Benoit. ¿Va usted a buscar mi nombre en su base de datos a ver si encuentra antecedentes?

—Sí —dijo el agente Brunswick sin disculparse.

DJ soltó una carcajada. Luego, miró a Víctor.

—Me cae bien.

—Acaba de insultarte, como quien dice. —Víctor hablaba con una sonrisa. Aunque a veces le irritaba, el chico le hacía sonreír con frecuencia, lo cual era excepcional. Muy pocas cosas le proporcionaban una mínima alegría desde hacía lo menos tres siglos, pero trabajar con DJ era para él como estar con un cachorro desbordante de vida y entusiasmo. De hecho, Víctor lo prefería como compañero de trabajo antes que a muchos de aquellos hombres taciturnos con los que había colaborado en otras ocasiones. Le estaba tomando mucho cariño al joven. No obstante, tenía claro que el día que meara fuera del tiesto, pediría que le asignaran un nuevo compañero.

—No deberías sentirte ofendido —le dijo el agente Brunswick a DJ—. Ya he buscado Argeneau y los nombres de todos los que van a venir aquí con la intención de salir con nuestra Elvi.

Víctor estaba pensando que era necesario borrarle los recuerdos al jefe Brunswick. Y también a la tal Mabel, de paso. Y de pronto cayó en la cuenta de lo que el policía acababa de decir, y torció el gesto.

—¿Los que van a venir aquí? —Miró a DJ con el ceño fruncido—. ¿Van a venir otros?

DJ se encogió de hombros, reconociendo en silencio que no sabía nada al respecto. Fue Brunswick quien le respondió.

—No creerás que fuiste el único en responder al anuncio, ¿verdad? Seis hombres han anunciado que vendrán esta noche. Tú eres el primero en llegar.

Desde luego, Víctor no se alegró con aquella noticia. Y le inquietó aún más la expresión de disgusto que ahora era visible en el rostro de Brunswick.

—Espero que no todos traigan amigos, o la casa acabará abarrotada de gente. —El jefe de policía tomó aire y negó con la cabeza—. Pero seguidme, no nos quedemos aquí de pie. Os acompañaré hasta vuestra mesa.

Cuando el agente Brunswick se volvió para conducir a los dos inmortales a través del atiborrado restaurante, DJ empezó a seguirle, pero Víctor lo detuvo cogiéndolo del brazo.

—¿Qué quiere decir con eso de que la casa va a estar abarrotada de gente?

—Ya sabes que Elvi nos ha invitado a pasar una semana aquí —le recordó DJ.

—Sí —reconoció él con impaciencia—, pero pensé que nos alojaríamos en un hotel, no en su casa.

—Es un hostal. La Casita de Casey. Elvi es la dueña. —DJ procuraba hablar en voz baja—. Todo irá bien, no te preocupes.

—Chicos, ¿venís, o es que estáis asustados por saber que tendréis competencia?

Víctor se puso tenso ante aquellas palabras. El agente Brunswick se había detenido junto a una mesa con bancos corridos situada en medio del restaurante, un poco a mano derecha. El vampiro mayor tenía la plena certeza de que aquella mesa no estaba vacía cuando entraron. Sin embargo, nadie había salido del restaurante, de manera que supuso que quienquiera que hubiese estado sentado allí cuando ellos entraron, se había visto obligado a unirse a la multitud que pululaba en torno a la barra que se encontraba en la parte delantera del restaurante.

—Este trabajo me parece cada vez más interesante —dijo DJ entre dientes, cuando empezaron a andar para dirigirse hacia el lugar donde Brunswick los estaba esperando.

Víctor le respondió con un gruñido. En su opinión, la situación parecía volverse cada vez más complicada.

—Esta es vuestra mesa.

El agente Brunswick impedía el paso al lado más lejano de la mesa. Era evidente que esperaba que ellos se sentaran juntos en el extremo más cercano.

Víctor se hizo a un lado e indicó a DJ con una seña que pasara primero. Dado que era claustrofóbico, de ninguna manera iba a permitir que lo dejaran atrapado en el interior de una mesa con bancos corridos.

DJ puso mala cara, pero se plegó a la voluntad de su compañero y se deslizó rápidamente a lo largo del asiento, apretujándose en el rincón. Víctor se sentó a su lado, haciendo caso omiso de las protestas de DJ, que refunfuñaba y se revolvía en el rincón. La mesa era demasiado pequeña para que dos hombres adultos se sentaran uno al lado del otro; especialmente si se trataba de dos tipos corpulentos, de más de uno ochenta de estatura. Ambos tenían cuerpos de guerreros, pues al fin y al cabo ese era su trabajo: la lucha, la caza de los enemigos de la especie.

—Mabel se reunirá con nosotros en cuanto Elvi y ella lleguen. —Brunswick hizo este anuncio alzando la voz, porque la gente que se encontraba en aquel salón, tras el silencio que se hizo cuando entraron, había vuelto a ser tan ruidosa como antes. El grupo de mariachis parecía dispuesto a tocar de nuevo, y los clientes ya no estaban callados, si bien no habían dejado de mirarlos. Víctor supuso que las conversaciones giraban principalmente en torno a DJ y él.

El vampiro veterano ignoró las miradas que le estaban lanzando y asintió con la cabeza en respuesta al comentario de Brunswick. En realidad no sabía quién era Mabel y no le importaba gran cosa. Lo único que le interesaba de Port Henry era conocer a Elvi, y solo con el fin de dilucidar si realmente era una de ellos o si podían volver al coche y regresar a casa.

Durante muchos años Víctor había disfrutado con el trabajo. Sin embargo, en los últimos tiempos estaba empezando a aburrirle. Era como un cazador cansado de la caza, se decía, sin que ello le sirviera de consuelo. Por otro lado, reconocía que tampoco le apetecía mucho quedarse en casa sin hacer nada. De un tiempo a esa parte no parecía estar satisfecho ni a gusto en ningún lugar. No lo había estado desde la muerte de su esposa, Marion. Se cansaba con más facilidad que antes, y su descontento, un sentimiento impreciso, aumentaba cada vez más. Aunque era consciente de la crisis que atravesaba, procuraba no darle muchas vueltas. Estaría aburrido y harto de la vida en aquel momento, pero no tenía el más mínimo deseo de convertirse en un bribón, como habían hecho muchos otros de su especie cuando se vieron en circunstancias similares.

— ¡Mabel! — exclamó DJ de repente. Al parecer, acababa de reconocer el nombre—. ¡Claro! Es la amiga de Elvi, la copropietaria del restaurante y del hostel, ¿no es verdad?

Brunswick asintió con la cabeza.

— Su mejor amiga. Si no le caes bien a Mabel, puedes olvidarte de Elvi. Las dos han sido uña y carne desde siempre. Ella es...

Se interrumpió repentinamente cuando el salón volvió a quedar sumido en el más completo silencio. Inclínandose hacia un lado, Brunswick miró con ojos de miope la puerta principal y enseguida se puso de pie.

— Acaba de llegar otro. Excusadme un momento.



2

Elvi se estaba secando el pelo cuando Mabel llamó a la puerta y gritó algo. Frunciendo el ceño, la vampira apagó el secador y respondió a gritos.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Te queda mucho? —preguntó la mujer con impaciencia.

—No, ya estoy acabando, enseguida voy.

Elvi empezó a enrollar el cable alrededor del secador. Miró la bañera con cierta nostalgia mientras lo hacía. Se había dado una ducha, pero habría preferido un relajado y tranquilo baño. Le encantaba aquella bañera. Era enorme, con sistema de hidromasaje. No había reparado en gastos al comprarla, pues pensaba que valía la pena. Después de todo, se había visto obligada a cambiar su preciosa cama de matrimonio por un ataúd. Un baño lujoso era lo menos que se merecía después de tanto sacrificio.

Cuando la compró no sabía, en realidad, si debía bañarse o ducharse. Después de todo, nunca había oído ni leído que Drácula se bañara. No obstante, después de toda una vida manteniendo escrupulosamente la higiene corporal, Elvi se negaba a prescindir de esa costumbre, estuviera

muerta o no. Si su piel empezaba a desprenderse cuando estuviese mojada, que así fuese. Al menos esa piel muerta estaría limpia.

Afortunadamente, eso no había pasado. Elvi se había bañado y duchado durante los últimos cinco años sin observar el más mínimo efecto secundario. Menos mal.

—Se nos está haciendo tarde —gritó Mabel.

Con un suspiro irritado, Elvi guardó el secador de pelo en el armario, se dirigió a la puerta y la abrió.

—Me has dejado dormir un rato más, pero ahora me metes prisa. —Visiblemente irritada, entró a la habitación, todavía medio desnuda.

—Hay que ver qué ingrata eres —dijo Mabel entre dientes, obligándola a coger un vaso de sangre—. Bébetelo esto y luego vístete. El vestido nuevo lo tienes encima de tu cama.

Elvi levantó las cejas mientras se bebía de un trago la mitad de aquel líquido frío y espeso.

—No tengo cama, Mabel. Tengo un ataúd. Ojalá tuviese una cama.

Mabel cogió el vaso medio vacío y le dio un empujoncito para obligarla a darse más prisa.

—Vístete y no refunfuñes tanto.

La vampira se dirigió al ataúd que se encontraba en el centro de su enorme y casi vacía habitación, dejando caer los hombros en señal de abatimiento. ¡Dios santo, cuánto echaba de menos su cama! Aquella cama de matrimonio, de lujo, que Harry y ella habían escogido poco antes de su muerte. Dormir en ella había sido como dormir en una nube. Ahora, descansaba en un cajón mortuorio. Hermoso cambio.

Elvi miró con el ceño fruncido el sarcófago negro de madera de nogal.

Mabel, viendo su lúgubre expresión, trató de consolarla.

—Brendan podría hacer algo con el ataúd para hacerlo más cómodo.

Elvi frunció aún más el ceño. Ya le había puesto una colcha. Si metían algo más allí dentro, ya no cabría en él. El interior del maldito féretro ya le parecía lo suficientemente claustrofóbico como para hacerlo aún más pequeño.

—No creo que pueda hacer nada con esa cosa horrible. —No quería que Mabel molestara al director de la funeraria. El hombre ya se había tomado la molestia de poner en el fondo una capa de tierra y luego le había puesto un forro especial para aislarla de los olores y de la propia tierra. No, definitivamente no quería molestarle más. Aquello no tenía arreglo.

Se puso el vestido que Mabel le había sacado, se lo recolocó con coquetería, bajó la vista para mirarse detenidamente e hizo una mueca. Era nuevo, pero muy parecido a todos sus demás vestidos de trabajo. Largo, negro y de líneas elegantes, bastante escotado y ceñido al cuerpo hasta la altura de las rodillas, donde empezaba una raja que permitía algo de movimiento. Aquel vestido limitaría cada paso que diera y al mismo tiempo dejaría ver la parte inferior de sus piernas.

Aquella era otra de las cosas que le chocaban. El guardarropa de los muertos vivientes. No era su estilo en absoluto.

—Cómo quisiera no tener que llevar estos estúpidos vestidos —masculló con furia entre dientes, alargando la mano para cerrar la cremallera.

—Pues a todo el mundo le encanta cómo vistes ahora. —Mabel le apartó las manos para ayudarla en aquella tarea—. Es lo que esperan ver en ti.

—Sí, claro —murmuró Elvi—. Se decepcionarían mucho si me vieran andar de un lado para otro con pantalones de chándal y camisetas.

—Desde luego, esta semana ni lo sueñes —le dijo Mabel con firmeza—. La casa estará llena de huéspedes.

—¡Qué barbaridad!

Después del funesto viaje que cambió la vida de Elvi, Mabel y ella pusieron un negocio juntas: el restaurante mexicano que llamaron Bella Black's. Este nombre fue idea de Mabel. La mujer mayor vendió la casa que antes compartía con su difunto esposo y se fue a vivir con Elvi, que residía a apenas tres calles del restaurante. Esto había facilitado mucho las cosas a las dos. Pero como vivían solas en la casa, en sus muros resonaban los ecos de la ausencia. Por eso Mabel sugirió poco después que transformaran la mansión victoriana en un hostel. Así tendrían, además, una segunda fuente de ingresos, por si en el restaurante no iban bien las cosas en algún momento. Aunque esto último era poco probable, al menos de momento. Bella se llenaba todas las noches de la semana, gracias a que Elvi se había convertido en una especie de mascota del pueblo.

Lo curioso es que hasta su extraordinaria mutación había sido un ama de casa perfecta. Le gustaba mucho cocinar y atender a los demás. Ya no podía comer, pero sí cocinar, y lo hacía cada vez que se le presentaba una oportunidad. Le encantaba tocar y oler la comida que ya no podía consumir. Ver a otros disfrutando del resultado de su trabajo era para ella casi tan grato como degustar aquellos manjares.

El caso es que renovaron la antigua mansión victoriana, hicieron en el ático tres dormitorios con baños adjuntos y le pusieron el nombre de La Casita de Casey, por la hija de Elvi.

Lo malo era que casi todos los huéspedes eran habitantes de la zona que se alojaban en el hostel simplemente para poder decir que habían dormido en casa de un vampiro. Lógicamente, tenían ciertas ideas preconcebidas sobre el aspecto de una vampira y su manera de comportarse,

gracias a películas como *Elvira, la reina de las tinieblas* y otras por el estilo. Por esta razón Elvi se veía obligada a llevar aquellos ridículos disfraces para ir a trabajar en el restaurante o para atender a los huéspedes en el hostel. Es decir: tenía que representar el papel casi todo el tiempo. Para Elvi, *La reina de las tinieblas* tenía mucha culpa de aquella situación. Culpada a la dichosa película incluso de que todo el mundo la llamara Elvi en lugar de Ellen, el nombre que sus padres le habían puesto al nacer; o Ellie, que era como la llamaban casi todos sus amigos antes de que muriera.

—No olvides tus cascabeles.

Elvi los cogió con una mueca de desagrado. Mabel le regaló aquel ruidoso brazalete poco después de su transformación, con la excusa de que le había parecido precioso. Elvi sabía que en realidad su amiga se lo había comprado para evitar que se le acercara en silencio. Al fin y al cabo era una vampira, y Mabel no dejaba de tenerle un poco de miedo. Finalmente Elvi aceptó el humillante regalo porque sin la compañía de su vieja y querida amiga se sentiría completamente perdida en el mundo. De modo que había aceptado ponerse esos ridículos cascabeles y seguiría llevándolos hasta que las dos se adaptaran a los cambios que habían tenido lugar en su vida.

Ciertamente, encajaban perfectamente con su imagen de vampira sensual. Elvi no se sentía sensual con aquella indumentaria, se sentía ridícula. Pero se puso aquel brazalete sin protestar. Hacía su papel porque sabía que gracias a la gente del pueblo había sobrevivido a aquel catastrófico cambio. Gracias a que llenaban su restaurante podía ganarse la vida. Si querían verla con vestidos negros y cascabeles, así la verían.

—¿Ya has terminado de arreglarte? —preguntó Mabel.

—Tengo que recogerme el pelo —contestó ella.

—Déjateelo suelto esta noche.

—Pero...

—Te queda mejor suelto, de verdad, hazme caso.

Elvi se pasó la mano por el pelo dejando escapar un suspiro. Cuánto le gustaría poder mirarse al espejo. Todo el mundo sabía que los vampiros no se reflejan en los espejos... Por eso no los había en la casa. Y, sin embargo, después de transformarse siguió viéndose. Pensó que lo de no aparecer reflejada en los cristales sería una cosa que le iría ocurriendo paulatinamente y, para no sufrir la agonía de ver desaparecer poco a poco aquella última cualidad humana, quitó todos los espejos. Solo quedaron los del tocador de Mabel y los de las habitaciones y baños de huéspedes. Elvi dependía enteramente de los demás para saber si estaba presentable o no. Tenía que fiarse de los juicios ajenos.

—¿Necesito maquillarme? —preguntó a su amiga.

—Tú nunca necesitas maquillarte —soltó Mabel con ironía—, pero ponte el pintalabios de color granate. Te queda estupendo.

Elvi entró en el baño para hacer lo que su amiga le había dicho. Ante la ausencia de espejos, se pasó el lápiz por los labios a ciegas, como hacía siempre. Y siempre con magnífico resultado, pues había adquirido mucha práctica.

—Perfecto. Estás maravillosa —dictaminó Mabel cuando ella regresó a la habitación—. Vámonos ya.

Elvi guardó silencio durante todo el viaje, mirando con preocupación el rostro pálido y ojeroso de Mabel. Su amiga parecía más cansada de lo habitual últimamente. Tenía sesenta y dos años, y ya no debería trabajar tanto. Sin embargo, entre el restaurante, el hostel y las tareas cotidianas, se encargaba de todo lo que Elvi no podía hacer. Tenía mucho más trabajo que antes, y eso le preocupaba.

Mabel no solo era su amiga, también era su salvavidas. Elvi era consciente de que sin ella no habría logrado superar lo que le había pasado, y se preguntaba con frecuencia qué haría cuando el paso del tiempo la dejara sin

su querida compañera. Este era un pensamiento que no podía apartar de su mente en los últimos tiempos. Las garras de la muerte ya les habían arrebatado a las dos a sus esposos y a varios de sus amigos. ¿Cuánto tiempo seguiría Mabel a su lado? Elvi esperaba que por lo menos unos veinte años, pero haría falta un poco de suerte. La vida es traicionera, peligrosa. Este pensamiento la deprimió.

—Ya hemos llegado —dijo Mabel alegremente mientras aparcaba el coche.

Elvi se desabrochó el cinturón de seguridad y se bajó del vehículo para seguir a su amiga hasta la puerta trasera del restaurante. Miró al cielo por un instante. Estaba tachonado de estrellas, sin una sola nube a la vista. Pensó que el día habría sido igualmente despejado, con los rayos del sol cayendo implacables sobre la tierra, calentando, acariciándolo todo. El sol era otra de las cosas que Elvi más echaba de menos. A ella siempre le había gustado el verano. Disfrutaba de la luz, el calor y las flores, de los árboles y la hierba que el buen tiempo llevaba a su máximo esplendor. Ahora solo podía disfrutar de los árboles y las flores bajo las luces de las farolas que rodeaban su jardín. No sabía, no podría decir qué era lo que más echaba de menos, si la comida o la luz del sol.

Mabel abrió la puerta y una oleada de ruido se abalanzó sobre ellas. Era como si los comensales estuviesen en la cocina, y no en la parte delantera del restaurante. Elvi nunca había notado tanto estruendo al entrar por aquella puerta.

Frunciendo el ceño, pasó por delante de Mabel y atravesó la cocina para dirigirse al pequeño pasillo que se encontraba entre la parte trasera y la parte delantera del restaurante. Miró asombrada a través de las cortinas, y se quedó atónita al ver a tantas personas apretujadas en el comedor. Más que nunca.

—Dios mío. No sé qué ocurriría si hubiese un conato de incendio —dijo la vampira entre dientes.

—Eso fue lo que dijo el jefe de bomberos cuando lo llevé a su mesa —respondió Mabel con una sonrisa—. Me sugirió que la próxima vez que esperemos tener tanta gente, saquemos algunas mesas fuera, a una terraza.

Elvi asintió distraídamente con la cabeza. No le sorprendió que Mike Knight, tan estricto siempre, esta vez no hubiera insistido en que cerraran el restaurante de inmediato. Al fin y al cabo, aquella fiesta era en honor de su hijo. Mike era el jefe del pequeño cuerpo de bomberos del pueblo y la clase de hombre siempre dispuesto a echar una mano a sus amigos y vecinos. Era muy popular en el pueblo, y también lo era su esposa, Karen. Su hijo, Owen, había salido a ellos y gozaba de muchas simpatías. El gran número de adolescentes allí presentes, junto con los adultos, daba fe de ello. A Elvi le pareció que casi todo el pueblo estaba allí.

—Sé que el piso de arriba aún no está terminado, pero quizás debemos abrirlo para despejar un poco el comedor —dijo Elvi en voz baja, intentando dominar el hambre que se iba adueñando de ella mientras su mirada recorría aquella masa humana. Dado que la zona del comedor y el bar estaban llenos de gente, el aire acondicionado no lograba refrescar el lugar. Hacía mucho calor, todas las personas estaban sudando, y su olor era como una ola que la envolvía y hacía que le dolieran los colmillos. El medio vaso de sangre no había sido suficiente, ni mucho menos. Debíó bebérselo entero, se dijo con preocupación.

—Ya he abierto el piso de arriba. —Mabel se acercó un poco más a ella para señalarle el balcón que iba de un lado al otro del piso de arriba, donde había prácticamente la misma cantidad de gente que en el comedor principal.

Elvi los miró con detenimiento, pero sus sentidos estaban completamente aturdidos por la cercanía de Mabel, y se dio cuenta de que estaba inhalando lentamente, deleitándose, el olor de su sangre. Mabel era diabética tipo 2, y su

sangre siempre estaba un poco más dulce que la de los demás, a pesar de los medicamentos que tomaba. Y la sangre dulce estaba riquísima. Elvi lo pudo comprobar las pocas veces en que se había alimentado de su amiga, al principio, cuando acababa de transformarse y no tenía ningún otro recurso.

Se permitió a sí misma disfrutar de aquel aroma hasta que sus colmillos empezaron a moverse. Entonces, hizo un esfuerzo y se alejó rápidamente de Mabel, dejando escapar un gemido.

—Tienes hambre. —Mabel la miraba con preocupación. Al cabo de cinco años, había aprendido a reconocer las inquietantes señales que emitía su amiga cuando se le alborotaban el estómago y los colmillos—. Debí obligarte a que bebieras entero el vaso de sangre que te llevé. ¿Te traigo otro para que resistas al menos hasta que termines de hacer la tarta?

Elvi reflexionó un instante, pero luego negó con la cabeza. Morder a otras personas le resultaba muy angustiante, pues se sentía como un animal; pero pensaba que cuanto más hambre tuviese, menos angustiante le parecería. Podía esperar, y esto fue lo que le dijo a Mabel.

Mabel asintió con la cabeza, pero dirigió la mirada hacia los empleados que se encontraban en la cocina, Pedro y Rosita, los cocineros, y hacia los camareros que iban y venían afanosamente y entraban y salían de aquella habitación.

Dando una palmada para llamar su atención, Mabel dijo:

—Por favor, os ruego a todos los que no necesitéis estar aquí, que no entréis en la cocina. Solo Elvi y yo y, desde luego, Pedro y Rosita debemos estar aquí. —Sonrió por un instante a la pareja mexicana que estaba encargada de la cocina—. Pondré los platos ya preparados en la mesa del pasillo a medida que salgan. Vosotros dejad allí los nuevos pedidos para que yo los recoja.

Elvi se relajó cuando los camareros salieron de aquella habitación. Sonrió a Mabel con agradecimiento. No era la primera vez que pedía a todos, menos a Pedro, que salieran de la cocina. Era una medida de precaución que tomaba en aquellas raras ocasiones en que su amiga tenía hambre. Y Elvi agradecía enormemente este detalle.

—Más vale que empiece a hacer la tarta —dijo Elvi en voz baja, alejándose de la cortina y dirigiéndose a la cocina—. Además, estoy pensando que tal vez deba hacer dos esta noche. No creo que una sea suficiente para esta multitud.

—Precisamente te iba a sugerir eso —confesó Mabel. Elvi volvió a sonreír, asintió y se puso a trabajar.

* * *

—¿Quién es? —DJ se levantó de su asiento, volviendo la cabeza y estirando el cuello para intentar ver quién había entrado en el restaurante, pero sin ningún éxito.

—No es nadie que nosotros conozcamos. —Víctor estaba en el extremo exterior de la mesa, y no tuvo más que inclinarse hacia un lado para ver al hombre joven, alto y delgado que se encontraba junto a la entrada del restaurante.

El muchacho estaba lanzando miradas fulminantes a la multitud que desde su entrada lo miraba con tanta curiosidad como a Víctor y a DJ hacía apenas un rato. Víctor supuso que no tendría más de veinte años. Llevaba atuendo gótico, con pantalones negros holgados, una camisa también negra, muy ancha y gemelos en el cuello y los puños. Llevaba el pelo largo y, por supuesto, negrísimo, obviamente teñido. Además, estaba anormalmente pálido.

«Maquillaje», pensó Víctor al observar sus labios negros y los *piercings* que lucía por todas partes.

—¿Es uno de los nuestros? —DJ hizo la pregunta al tiempo que renunciaba a intentar ver al recién llegado y se dejaba caer en su asiento.

—Un quiero y no puedo. —Víctor, despreciando al joven con el que Brunswick estaba hablando, volvió a ponerse cómodo en su asiento—. Disfraz de gótico, maquillaje y mala actitud.

—No me extraña —dijo DJ en voz baja—. Quiero decir que es muy poco probable que alguien de nuestra especie responda a un anuncio para vampiros solteros.

—Quién sabe —musitó Víctor, siempre inclinado a dudar. Era del parecer de que nunca era posible saber lo que harían los demás. Había visto cosas mucho más extrañas en su vida.

—Si ella de verdad es una de nosotros, enseguida notará que ese chico es un quiero y no puedo —remató DJ con indiferencia—. Por supuesto, ella...

Víctor miró a DJ con curiosidad al ver que se interrumpía repentinamente y adoptaba una expresión de temor.

—¿Qué te pasa?

—Creo que esa iguana acaba de moverse —dijo DJ con el ceño fruncido.

Siguiendo su mirada, Víctor clavó los ojos en la estatua verde brillante que tanto le había sorprendido al verla la primera vez. Puesto que se encontraba más cerca entonces, pudo ver que en realidad eran dos iguanas adultas con dos más pequeñas sobre sus lomos. Todas ellas estaban rígidas e inmóviles. Víctor negó con la cabeza, desechando la fantasía de su compañero.

—No digas tonterías, es una estatua.

—No, estoy seguro de que la vi...

—Puedes sentarte aquí con estos dos hombres.

Víctor alzó la vista y comprendió que Brunswick no se había dado cuenta de que aquel joven no era un vampiro de verdad. Por eso lo condujo hasta aquella mesa.

—Vlad, te presento a Víctor Argeneau y a DJ Benoit —dijo el agente mientras el hombre más joven se deslizaba

por el banco corrido para meterse en la mesa—. Caballeros, este es Vladimir Drake.

—¿Vladimir Drake? —DJ hizo una mueca de extrañeza, y Víctor supo qué estaba pensando exactamente. Ser un quiero y no puedo era de por sí bastante ignominioso, pero había ciertas cosas que resultaban de pésimo gusto.

—Sí, ¿tienes algún problema con eso? —preguntó el joven en tono defensivo. Enseguida añadió, desafiante—: ¿Acaso crees que DJ es el nombre más apropiado para un vampiro?

—Es el diminutivo de Dieudonne Jules —respondió DJ con suave ironía—. Es mucho más fácil para la gente llamarme DJ.

—¿Dieudonne? ¿«Regalo de Dios»? —Vlad usaba ahora un tono burlón. Era evidente que sabía algo de francés, pero era normal, puesto que estaban en Canadá—. Y Benoit es el diminutivo de Benedictine, ¿no es verdad? Ese nombre significa bendecido. —Torció la boca—. ¿Un vampiro con los nombres «regalo de Dios» y «bendecido»? Asombroso.

DJ miró a Víctor.

—A primera vista se diría que siente afición por los nombres y que es más inteligente de lo que parece. Pero le he leído la mente, y no hay nada de eso.

Víctor sonrió ligeramente. Él también había leído la mente del chico, y descubrió que Vlad conocía la traducción de Dieudonne porque había ido a clases de francés en la escuela durante muchos años, y que su nombre verdadero era Benedict. Había buscado el significado de este nombre hacía ya varios años, así como también sus diferentes diminutivos, incluyendo Benoit. Entonces, hizo que todo el mundo le llamara así durante varias semanas, hasta que una nueva manía atrajo su atención.

—Sí, claro, me has leído la mente —dijo Vlad con evidente incredulidad—. Apuesto a que vosotros dos no sois vampiros de verdad.

Víctor hizo caso omiso de este reto. Dirigió la mirada hacia Brunswick, quien se encontraba aún junto a la mesa, observando con interés aquella tensa conversación.

—Enséñame lo tuyo y yo te enseño lo mío —dijo DJ con gentileza.

—¿El qué? —preguntó Vlad con una sonrisa—. ¿Quieres ver mi polla? Vosotros no sois vampiros, ¡sois maricones!

Víctor alargó la mano para ponerla sobre el brazo de DJ al notar que se estaba poniendo muy tenso, y luego se volvió lentamente hacia el joven. Clavó su mirada severa en él durante un tiempo, hasta que el chico empezó a retorcerse en el asiento de enfrente. Poco después, Víctor abrió la boca y sacó sus colmillos. Largos, puntiagudos y tan blancos como perlas. Los enseñó un momento. Luego, los replegó y cerró la boca.

—¡Joder! —exclamó Vlad. Se había puesto muy pálido bajo el montón de maquillaje que llevaba y ahora estaba temblando en el asiento. Al parecer, pese a todas sus poses, no estaba en absoluto preparado para encontrarse con un vampiro de verdad aquella noche. A juicio de Víctor, el chico estaba a punto de orinarse en los pantalones.

—¡Vete ya a casa, chiquillo! —gruñó el vampiro veterano, perdiendo la paciencia—. Esta es la primera división y a ti te faltan cojones para jugar en tercera.

Vlad vaciló solo un instante. Luego, salió con gran dificultad de la mesa y se dirigió hacia la salida a todo correr. Víctor se inclinó hacia un lado para verlo. En cuanto el chico llegó a la puerta, se metió en su mente e hizo que se detuviera mientras le borraba los pensamientos y reemplazaba sus recuerdos verdaderos por otros más triviales: un encuentro bastante decepcionante con una quierro y no puedo demasiado gorda que se llamaba Elvi.

Cuando estuvo seguro de que Vlad no iría por todo Toronto gritando que había vampiros sueltos por las calles

de Port Henry, lo instó mentalmente a salir del restaurante y se sentó de nuevo.

—Al menos ahora hay una cama menos que buscar —comentó Brunswick al ver la puerta cerrarse tras Vlad. Se sentó y se quedó mirando a Víctor con curiosidad—. ¿De verdad puedes leer el pensamiento de la gente?

Víctor levantó las cejas al oír esta pregunta. Si Elvi realmente pertenecía a su especie, también tendría ese don, y Brunswick, que decía ser su amigo, debería saberlo. Pero, pensándolo bien, era posible que los mortales se sintiesen molestos al saber que les podían leer y controlar la mente, y ella a lo mejor prefería no revelarlo. Cosas así pueden echar por tierra las mejores amistades.

Antes de discernir, como intentaba, si le traería problemas o no reconocer que podía leer la mente, se hizo una nueva pausa en las conversaciones del comedor, y Brunswick dirigió la mirada hacia la puerta.

—Otro. Hablaremos más tarde.

Víctor lo vio salir de la mesa, y enseguida volvió a inclinarse hacia un lado para echar un vistazo al recién llegado. Soltó una maldición al ver al hombre alto de pelo rubio que acababa de entrar y estaba inspeccionando el restaurante.

—¿Quién es? —preguntó DJ, moviéndose nerviosamente en el asiento e intentando levantarse para ver al recién llegado, pese a que esto no le había servido de nada la última vez.

—Harpenus Stoyan —le contestó Víctor sin apartar la mirada del tipo, un alemán alto y rubio que llevaba pantalones de pana y una camisa informal.

—¿Harpenus? —preguntó DJ sorprendido—. ¿Aquí? ¿Cómo es posible?

—Pues habrá venido de la misma manera que nosotros lo hicimos, supongo —replicó Víctor entre dientes, volviendo a sentarse en el banco cuando vio que Brunswick estaba conduciendo al hombre hacia ellos.

—¿De verdad crees que ha respondido al anuncio?

—El hombre más joven parecía tan asombrado que Víctor acabó suspirando, para armarse de paciencia.

Era otro indicio de la juventud de DJ...: la inexperiencia le impedía comprender muchas cosas. Víctor había aprendido hacía ya mucho tiempo que, cuando un inmortal llegaba a cierta etapa de su vida, estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa para encontrar a su pareja para toda la vida. Él mismo llegaría a esa etapa en poco tiempo. Lamentablemente, ya había encontrado y amado a su pareja para toda la vida, y la había perdido, y no tenía muchas esperanzas de que hubiera otra en el futuro.

—Te presento a... —Eso fue todo lo que pudo decir Brunswick al llegar a la mesa, pues Harpenus había reconocido a los dos vampiros de inmediato.

—¡Víctor! ¡DJ! —exclamó. Su sorpresa rápidamente se convirtió en evidente desilusión. Movi6 la cabeza con pesar.

—¡Qué casualidad, encontrarme con vosotros aquí! Parece que la competencia va a ser muy dura.

Brunswick arque6 las cejas.

—¿Os conocéis?

—Somos viejos amigos —reconoci6 Víctor mientras salía de la mesa para darle la mano a Harpenus.

—Bueno, eso no me lo esperaba. —El jefe de policía dirigió la mirada hacia la puerta y suspir6 una vez más—. Ahí está el cuarto aspirante...

Harpenus y Víctor se volvieron para mirar al recién llegado. Los dos pusieron mala cara al ver quién era.

—Edward Kenric —dijo DJ entre dientes al ver al hombre. A diferencia de los demás, Edward había juzgado conveniente ir de etiqueta al restaurante mexicano. Vestía esmoquin, pues al parecer quería causar muy buena impresión, y llevaba su pelo claro, lacio y brillante peinado hacia atrás. Sin duda quería dejar a la vista sus rasgos patricios.

Brunswick levantó las cejas al percibir el tono de desagrado que había en la voz de DJ.

—Bueno, ya veo que también conocéis a este hombre.

—Claro que lo conocemos —reconoció DJ con sordo encono—. Es un pedante y un imbécil.

Brunswick sonrió ligeramente.

—¿Es uno de los vuestros?

Víctor estuvo a punto de decir que no con la esperanza de que el jefe de la policía le pidiera al otro inmortal que se marchase. Echándole, habría una complicación menos en aquel maldito embrollo. No obstante, justo cuando abría la boca para responder, pensó que primero sería mejor leer los pensamientos de Brunswick. Así cayó en la cuenta de que había estado a punto de cometer un grave error. Al ver sus reacciones, el agente ya había concluido que Edward era uno de ellos. En realidad, no quería saber si lo era, sino si Víctor le contestaría con franqueza o aprovecharía la ocasión para tratar de eliminar lo que Brunswick creía que era un competidor para quedarse con la mano de la desconocida Elvi.

—Sí, es uno de los nuestros —respondió Víctor—. La mesa es demasiado pequeña para tantas personas. Quizás deba usted llevarlo a otro sitio.

—Lo más lejos posible de esta mesa —añadió Harpenus, que estaba completamente de acuerdo con Víctor.

—Lo mejor sería llevarlo al aparcamiento, o más lejos —sugirió DJ.

—El aparcamiento está lleno en este momento —dijo Brunswick con una sonrisa—. Creo que no me queda más remedio que pedirle que se siente aquí con vosotros. Pero quizás pronto tengamos que cambiarnos de mesa. Es decir, si los demás también son vampiros de verdad.

Antes de que alguien pudiera hacer comentario alguno, el policía se volvió para ir a darle la bienvenida a Edward.

—Has debido mentirle y decirle que Edward no es uno de los nuestros —dijo DJ entre dientes mientras los tres vampiros seguían a Brunswick con la mirada—. Ahora tendremos que soportar a ese hijo de puta.

—No, ha hecho bien en decirle la verdad. —Harpenus se sentó en el banco que se encontraba enfrente, mientras Víctor y DJ volvían a acomodarse en sus asientos—. Era una prueba. Brunswick ya había adivinado que Edward es uno de los nuestros. Si Víctor le hubiese dicho que no lo era, seguramente habría sido él quien tuviera que marcharse —declaró Harpenus, demostrando que él también le había leído la mente al hombre. Luego, dirigió la mirada hacia la puerta, arqueando las cejas—. ¿Ese no es..., cómo se llama? —Harpenus frunció el ceño—. ¡Maldición!... Alessandro no sé qué.

—Cipriano —dijo Víctor entre dientes, tras inclinarse hacia un lado para ver a un nuevo inmortal que había entrado en el restaurante y se estaba sumando a la conversación entre Edward y Brunswick. Como casi todos ellos, Alessandro iba vestido de manera informal. Llevaba una camisa blanca holgada, y se la había metido por dentro de unos vaqueros azules bastante ajustados.

—Cipriano es un buen tipo —comentó DJ—. Ya solo falta uno, entonces. A ver si aparece y podemos conocer a la tal Elvi de una puñetera vez.

—Entonces, ¿somos seis en total? —preguntó Harpenus con interés.

—Cinco. Yo solo soy el chófer de Víctor en este viaje —corrigió DJ—. Apareció un sexto pretendiente, pero no era más que un farsante y puso pies en polvorosa en cuanto Víctor le enseñó los colmillos.

Harpenus se rio entre dientes, pero otro movimiento en la puerta volvió a atraer su atención.

—El último acaba de llegar —anunció, entrecerrando los ojos—. No es uno de los nuestros, pero hay algo...

—hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Algo pasa. Es difícil leerle la mente, sus pensamientos son caóticos, pero...

Víctor se inclinó hacia un lado para mirar con ojos de miope al último hombre. Tenía un aspecto bastante normal, con su pelo castaño, su chaqueta de pana sobre una camisa informal y sus pantalones de vestir; pero cuando Víctor se metió en sus pensamientos, encontró una extraña ebullición de furia y de pensamientos inconexos. Su nombre era Jason Lerner.

Víctor acababa descubrir las verdaderas intenciones de Lerner al dirigirse a aquella cita, cuando Harpenus habló.

—Está completamente loco. Ha venido aquí para clavarle una estaca a Elvi, no para ver si es su pareja para toda la vida.

—Esa *era* su intención al venir aquí —dijo Víctor en voz baja, escudriñando los pensamientos que se arremolinaban en la cabeza de aquel hombre—, pero Brunswick acaba de presentarle a Edward y Alessandro, diciéndole que son inmortales, y está pensando que ellos pueden ser el blanco perfecto.

—¡Mierda! —exclamó DJ entre dientes, levantándose, desesperado por ver a aquel hombre.

—No creo que Edward ni Alessandro se hayan tomado la molestia de intentar leerle la mente —dijo Harpenus en voz baja—. ¿Puedes ejercer control sobre ese hombre, Víctor? Yo no puedo, pero tú tienes más años que yo, a lo mejor...

La voz de Harpenus se apagó cuando Víctor se levantó de un salto y se dirigió a la puerta.